

MI MADRE, “LA BELLA”

Mis bisabuelos Juan y Josefina Vizcarra, descendientes de vascos, españoles agrego yo, se radicaron en el interior de la provincia de Santiago del Estero, más precisamente en el Departamento El Sauzal, en una localidad, por denominarla de alguna manera, llamada Chauchillas; este lugar, seguramente un paraje por aquél siglo del nacimiento de la Patria, al margen del río Dulce y, por influencia de este cauce de agua, es una zona de amplios contrastes: una dominante aridez, con preeminencia de tonos ocre y grises, solo matizada por estoicos árboles de quebracho colorado, añosos algarrobos, generosos chañares, humildes mistoles y agresivas tunas blancas y coloradas, abundante en tuscas (espinillos o churquis, también le dicen en otros lares) y arbustos achaparrados cuyos nombres me resultan desconocidos, entre los que sobresalen, por su llamativo colorido, aquellos cargados de “ají de la mala palabra” y, en las barrancas fluviales, y en el islote ubicado en la parte que el río más se acerca a la vivienda solariega, explotan agresivas pinceladas verdes dadas por los sauces llorones, juncos y toda vegetación plantada por los hombres o por el fortuito vuelo y estancia de las aves que abreven allí; verdor que aparece como anunciando que, aún en la más aguda de las desesperanzas, la vida y el futuro asoman frente a nuestras narices.

En esa singularidad, mis bisabuelos fundaron una inmensa familia, la que integraron con sus hijos: Victoria, Severo, Frede, Petrona, Modesto, Juan Pedro, Rosa, María y mi abuelo Félix Eduardo Vizcarra.

Con el tiempo, mis abuelos Félix y Elisa, como respondiendo a un mandato críptico, también aportaron lo suyo, esta vez con once hijos: Antonio, Odina, Dermidio, Alides, Lindor, María Luisa, Isabel, Atilio, Benjamín, Pascual y mi madre Belleza.

Contaba mi abuelo que, al nacer mi madre, era tan hermosa, pero tan tan, que para describir tamaña lindura, el mejor homenaje que se le ocurrió hacerle fue bautizarla con ese nombre, inusual por demás.

Cómo seguramente imaginarán, vivir en esa parte de nuestro inmenso país era, de por sí, toda una epopeya.

Los Vizcarra, tanto mis abuelos como mis tíos, incluyendo a mis tíos abuelos, vivieron vidas signadas por la estrechez, donde nada les sobraba y nunca se dieron cuenta de cuánto les faltaba. Fueron felices a su manera.

Siempre tuvieron qué comer. Jamás de los jamases estuvieron ausentes las frutas que suplementaban su dieta, como tampoco el dulce hecho en casa con ellas, tan necesarios para el crecimiento, disfrute y desarrollo de los niños. Así que hablar de “patay”, “bolanchao”, “arropes”, “aloja”, etc. son palabras que les evocan muchos momentos y recuerdos gratos.

Todos sus días eran muy parecidos. Las primeras luces del amanecer les anunciaban el comienzo de la jornada, al igual que la desaparición de las últimas sombras les avisaba el fin del día. A la mañana y a la tarde, trabajo y juegos se confundían en uno, hasta que fueron creciendo cada uno de ellos, en el que trabajo, era el único verbo que sabían conjugar. En el medio, solo había tiempo para el descanso que impone la obligada siesta reparadora, inevitable en un ambiente de calores inhumanos.

En la casa de mi abuelo, que colinda con el cementerio, donde duermen el sueño eterno varios de mis antepasados, había, asimismo, algunos animales: un bello caballo que a él (y solamente a mi abuelo) le servía como complemento de su preciado y lustroso sulky que lo movilizaba en sus paseos -de fin de semana- por los poblados cercanos, dos “matungos” destinados al trabajo de campo, ya sea tirando del arado o moviendo la “zorra”, un vehículo “echizo” (de fabricación casera por idóneos, no expertos artesanos carroceros) , de dos ruedas

grandes, muy útil para cargas de todo tipo, y un variable -en su número- rebaño de ovejas y cabras que proveían de leche (para hacer quesos y para alimentar a los niños), carne (para consumir luego de oreada y para hacer charqui o chalona, que se almacenaba como reserva para cocinar comidas típicas o para usar en períodos de escasez de alimentos) y cuero (para fabricar asientos de sillas, cobertores, etc.), muy necesarios para la vida familiar.

Los niños trabajaban a la par de los adolescentes y adultos en las tareas de arado, siembra, aporcado, cosecha, atención de los animales, etc. cuando se encontraban en Chauchillas.

En otros momentos del año, los más grandes emigraban -hacia Tucumán- para trabajar en la zafra de la caña de azúcar y en otras labores agrícolas que les permitían aportar los recursos indispensables para el sostén de tamaña familia.

En esas ausencias, además, los mayores fueron aprendiendo varios oficios; algunos que les fueron muy útiles para conseguir trabajo continuo todo el año, lo que contribuyó a que edificaran -en otros sitios- sus propios destinos ; otros hermanos, que tal vez no acertaron en la capacitación elegida, solo obtenían conchabos por temporada y, los menos, volvieron a su terruño, unos y otros para proseguir con su destino, cual mandato ancestral, explotando sus destrezas y habilidades, en beneficio de la comunidad de donde provenían y como un seguro medio de sustento económico.

Los más chicos se quedaban en la casa familiar, junto con la abuela Elisa, para seguir ocupándose de las huertas, tanto la que se sembraba en el terreno propio como la del islote del río, que -por razones obvias- era la de mayor y más frecuente producción.

El trabajo en el islote era la parte que concitaba mayores adhesiones, especialmente cuando para apaciguar el calor, los niños podían aprovechar un alto en sus responsabilidades y

darse un chapuzón en el río, lo que era un condimento más que atractivo e imposible de obviar.

Belleza Vizcarra, a partir de su nacimiento fue conocida por todos como “la Bella”, así de simple, dejando su nombre solo para trámites oficiales; ella, como ya les dije, es mi madre.

“La Bella” era uno de los niños que se quedaban en casa cuando partían los mayores para sus labores agrícolas de temporada.

Su vida, en Santiago del Estero, por tanto, estaba indisolublemente ligada al trabajo familiar, puesto que así transcurrió desde que tuvo uso de la razón, hasta que, en los comienzos de su adolescencia, se toparon dos culturas muy diferentes, al encontrarse con un hombre hecho y derecho, de maduros veintiséis años, que la pretendía.

Ese hombre que andaba haciendo el mantenimiento del cableado exterior de las líneas de teléfonos para la compañía en la cual trabajaba, enamoró a la hermosa campesina y la pidió en matrimonio, como se estilaba en ese entonces.

Al poco tiempo, ya casados, se trasladó, junto a él, mi padre, a formar su propia familia en la vecina provincia de Tucumán, abandonando Chauchillas, por siempre, para volver, únicamente de visita, a reencontrarse con sus padres, hermanos y primos y sobre todo con ese lugar que se guardó, mudo, tantos secretos y fantasías.

Trocó sus juegos infantiles, en un cambio sin estaciones intermedias, por su nuevo rol de casada, abandonando rápidamente su condición de niña para transformarse en una mujer, una señora y ocuparse, por si sola, de llevar adelante el hogar que empezaba a germinar.

Casi sin notarlo, como no teniendo tiempo para detenerse a reflexionar, aparecieron mis hermanas Isabel y Marta. Cuando la primera dejaba los pañales, inmediatamente, sin interrupciones ni descansos, lo que parecía ser una constante en la vida de mi madre, los comenzaba a utilizar la segunda de sus hijas.

Por una cosa o por otra el descanso sonaba como algo remoto, ya sea por estar criando hijos u ocupándose de las tareas domésticas, en la vivienda que había adquirido mi padre. Así que preparar la comida, lavar la ropa, plancharla, limpiar la casa, dar de comer a las niñas y otras muchas labores hogareñas conformaban su diaria rutina.

No solo carecía de descanso sino que continuamente se le fueron sumando ocupaciones, especialmente cuando mis hermanas comenzaron la educación escolar, en un establecimiento muy cercano a nuestra casa. Ahora, además de lo que nunca dejó de hacer, debía agregarle el almidonado de los guardapolvos y delantales, el traslado de ida y vuelta de la escuela y el control de la tarea escolar.

Mi mamá, como me gusta llamarla, en un día caluroso como habitualmente sucede en Tucumán aunque, para quienes no lo conocen, podrían considerarlo impropio para el mes de agosto, pleno invierno del hemisferio austral, comenzó a sentir algunas molestias que no lograba individualizar.

Como vasca de pura cepa que es, para nada locuaz, corta de palabras y de demostraciones, grande en sentimientos; dudaba entre callar o contar esas cambiantes como extrañas sensaciones que le estaban ocurriendo y de las que yo, era un privilegiado testigo; vacilaciones que la ponían en una encrucijada de múltiples caminos: los habitualmente recorridos del trabajo sin descanso de sus años mozos, los de los afectos sobreentendidos, los ausentes de palabras que trasuntaren amor, cariño, afecto y algunos similares en unos etc. interminables y los que vienen del corazón y los sentimientos, tan vividos aunque tan callados.

Como había aprendido en su niñez, tenía que aguantar, total no era nada grave, igual podía seguir atendiendo sus obligaciones. Al fin de cuentas solo eran algunos desarreglos estomacales, a veces acompañados de vómitos, uno que otro mareo, un malestar general.

- Será que me cayó mal algo que comí -decía para sus adentros
- Si ingiero algo saludable y me cuido por unos días, seguro se me pasará. No creo que sea nada para asustarme -sola se contestaba.

Yo asentía, aunque ella parecía no reparar en mi opinión, por lo que entendí que solo me quedaba apoyarla en sus decisiones.

Comenzó a preocuparse cuando advirtió que, de solo estar, le venían unas incontenibles ganas de llorar. Entonces, solo entonces, cuando ya habían pasado varias semanas de tolerar tantos dolores y molestias, decidió hablar con mi padre.

- ¡Alberto! Necesito hablar contigo –dijo mi mamá.
- ¿Necesitas algo? –contestó papá
- Hace varios días que me siento mal. Creía que mi descompostura era de algo que había comido, pero me vengo cuidando desde entonces y sigo sin estar bien –comentó mamá.
- Creo que es mejor que vayamos a ver a un médico en la clínica. Ahora mismo llamo pidiendo turno –con voz muy firme, sentenció mi padre.

Al día siguiente fuimos con mamá y papá al médico, quien luego de escucharla y hacerle unos controles que me molestaban, me pareció oír que había decidido encargarle que se haga unos análisis de sangre y orina.

Pasados unos cuantos días más, ya con los resultados de los exámenes prescritos recurrimos nuevamente al doctor que la había atendido la primera vez. Ahora, noté que él la trataba con mucha ternura, entonces le dijo:

- Señora: ¡la felicito! Está esperando un bebé, así que le voy a recetar una vitaminas y le voy a dar algunas recomendaciones para que el parto sea lo más llevadero posible.

Yo, si bien no entendía las palabras del doctor, noté que mamá empezó, como por arte de magia, a sentirse bien y muy feliz por lo que, me parece, le significaban esos comentarios.

A todos lados iba con mamá. De cuando en cuando le hacía saber que me encontraba molesto, ya sea porque comía algo que a mi no me agradaba, o porque el calor era insoportable y necesitaba que nos refrescáramos de alguna manera o cuando ella quería descansar y yo estaba con toda mi energía en funcionamiento.

Mamá no siempre se daba cuenta de mis propias molestias o necesidades, pero me encargaba de hacérselo notar, con una que otra patadita, avisándole que yo existía y que requería de su atención.

En una madrugada de un verano que languidecía y se negaba a marchar ante la llegada del otoño mamá comenzó a sentir dolores muy intensos lo que fue seguido de la rotura de bolsa, síntomas inequívocos, según supe después, que el parto era inminente. Nuevamente recurrió a mi padre

- ¡Alberto! Me parece que llegó la hora del parto –dijo mi mamá.
- ¿Vamos a la maternidad? – preguntó mi padre.
- No hay tiempo, ya rompí bolsa, las contracciones son cada vez más frecuentes. Es mejor que busques a Doña María, la partera de acá a la vuelta de casa. – dijo ella.
- Voy ya mismo – nervioso contestó papá y salió corriendo.

Yo no entendía nada de nada; todo era confuso. Se percibía gente preocupada, tensionada, andaban todos a las corridas queriendo colaborar con Doña María, quien con voz dulce aunque muy serena a la vez, ordenó:

- ¡Déjenme sola! Yo me encargo de esto, he traído tantas criaturas a este mundo, que ya veo que todo viene bien. ¡No se preocupen! – calmó a todos, que no sé en qué momento ni para asistir a qué, se habían convocado en mi casa

Luego del desgarrador grito de mi madre, en una luminosidad que me enceguecía, aporté lo mío con un sentido llanto, era yo que irrumpía en este mundo de voces conocidas y caras que me serán familiares más adelante que me recibían con una sensación indescriptible, pero ésa, ésa será otra historia.